

A LOS CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DE LACAN

Con Lacan de ahí en adelante (1901-1981)

*Juan Carlos Capo**

D)

“**Lacan**”, pronunció alguien, en una mañana o una tarde de un día de los 70.

La emisión de esa palabra tuvo efecto de lanzamiento de buque en astillero, de piedra en un lago, y el resultado de expansión de las ondas concéntricas hizo que acudieran en cardumen las preguntas por doquier.

También hizo que esta conmoción, no haya terminado.

Lacan desplazó a Sartre y a Camus, que eran los amos, cuando las inquietudes eran más “existenciales” o “sociales” o “revolucionarias”.

Para algunos de nosotros, Marx ya iba siendo desplazado, como también lo fue Lenin, pero no lo fue Merleau Ponty, que había escrito un libro “Humanismo y terror”, que ayudaba entonces –y no solo entonces– a navegar en la vida de aquel tiempo, y de este tiempo.

Pero Lacan no desplazó al novelista Louis Ferdinand-Céline: un talento que saltaba por encima de su fascismo, y nos llevaba a viajar “al fin de la noche”, denunciando la atrocidad del colonialismo y la guerra.

Ni tampoco desplazó Lacan a François Truffaut, ni a Orson Welles, ni a Jean Luc Godard.

Truffaut, malgrado por muerte temprana, con el maltrato de niño estampado en su rostro, supo afirmar plenitud temprana de cineasta, en enfoques cada vez más próximos y más próximos a la mujer y al amor, y testificó inmejorablemente de esto en “*Jules et*

* Miembro Titular de APU. Soca 1395 Ap. 901 - Tel. 707 2810 E-mail juanccapo@hotmail.com

Jim” un hermoso y conmovedor adelanto reflexivo sobre las reacciones y convivencias insospechadas entre el hombre y la mujer.

En cuanto al obeso y genial Welles, él acertó a cercar las raíces del mal y del engaño, y las identidades fugitivas de personajes inolvidables, ya fuera el Falstaff de Shakespeare, como el inubicable Harry Lime, aquel malvado “tercer hombre”, desecho moral de la resaca de posguerra.

Finalmente el proteico e irritante Godard, mostró a un protagonista anhelante que corría y corría, disparando su revólver al sol, para quedar ‘*sin aliento*’, y terminar cayendo, como el director, fascinado ante *une femme*, que era *une infame*.

II)

Los juegos de palabras, curiosamente, no han de parecer tan extraños: ellos traen el eco del juego de los niños, el resplandor de juegos fatuos, y no tan fatuos. Los juegos de palabras traen también el perfume infantil de las adivinanzas y los acertijos, con los que Freud nos había “machacado” –como le gusta decir a Lacan– la cabeza, en su libro sobre “Sueños” y sobre la “Vida cotidiana”.

Tampoco desplazó Lacan al creador Jorge Luis Borges, hombre ciego, de “detestable voz”, adepto al juego de espejos, a laberínticas bibliotecas y a los crepúsculos barriales de su Buenos Aires natal; a cartografías universales, ya las sorprendentes revelaciones de héroes que eran traidores.

Y Lacan, dijo, aproximativamente, que su propia enseñanza avanzaba a la sombra dejada por el hilo que desenvolvía en poemas y cuentos el escritor argentino.

Lacan tampoco desplazó a Edgar Allan Poe, sino que al contrario, pareció haberlo recreado. El cuentista norteamericano, inventor del relato policial, con su cuento “*The purloined letter*”, traducido discutiblemente por Baudelaire, como “*La carta robada*”, mostraba la figura del primer detective de la literatura, y este primer personaje que abría la serie de investigadores era tan sorprendente y “oscuro” que procedía a apagar la luz, “porque quería ver el problema con mayor claridad”, o procedía a esconderse detrás de sus lentes negros, y así poder dormir, mientras el representante de la policía no paraba de hablar. Leer hoy, el cuento “*La carta robada*”, es confirmar lo que decía Borges de que los creadores de segunda generación crean y recrean “*a posteriori*” a sus predecesores, y si recreamos hoy el mundo y personajes del cuento, quizás podamos descubrir detrás de los lentes negros de Dupin, el rostro de Jacques Lacan.

III)

El mensaje (o enseñanza) de Lacan viene de París, y en un primer momento parecieron inconcebible Lacan y su enseñanza sin los adoquines del Mayo francés del '68. En verdad, los revolucionarios de Mayo debieron recibir no sin disgusto la factura que les pasó Lacan. El dicho que espetó a los manifestantes: “Están buscando un amo”, debió haberles caído como una cachetada –o un balde de agua fría–.

Y a través de sus seminarios, y sus Escritos (1966), Lacan reinstaura para el psicoanálisis, impropriamente sería mejor decir, “*Otra escena*” distinta a la que anunciara Fechner y reinventara Freud.

(Pero para meterse en su enseñanza es preciso cruzar un umbral caliente y empedrado con piedras filosas, que no todos se empeñan en intentar cruzar, ni aun todos los que lo intentan lo logran.)

Esa “*Otra escena*” lacaniana del psicoanálisis muestra un develamiento de *la realidad*, de la esencia imaginaria *del amor*; de la naturaleza proliferante y múltiple *de las palabras*, de la condición de desconocido que ostenta el habitualmente entonado y centrado *Yo*.

Se marcan así en la enseñanza de Lacan, verdaderos *lugares* ímprobos, impuntuales, huidizos como peces dormidos, o no tan dormidos.

Eso le plantea al analista a guardar un tiempo de espera para el analizante a ver cómo este “arponea” su coartada de amor propio.

Y así Lacan no pudo desplazar a La Rochefoucauld, que precedió a Freud en señalar las astucias del amor propio, léase “Narcisismo”, y apuntó a las palabras como vehículo del amor.

“¿Quién sabe lo que sería del amor, si no se lo hubiera nombrado así?”, se preguntaba La Rochefoucauld

Y así Lacan tampoco pudo desplazar a Rimbaud que se adelantó cuando dijo *Je est un autre*, como tampoco pudo hacerlo con Mallarmé, el autor de aquellos versos: “*La chair est triste; Hélas/ et j’ai lue tous les livres*”, sino que, por el contrario, lo recordó especialmente, cuando Mallarmé dice de *la palabra*: realización del lenguaje que ya no sirve más que *como una moneda gastada que nos pasamos en silencio de mano en mano*.

Y menos aún pudo desplazar a Marcel Proust, cuando en su “Recherche” el novelista aborda la fenomenología amorosa, y disecciona, como un entomólogo, como un miniaturista feroz, los avatares míticos de Odette, de Swann, de Albertine, en sus terribles textos de amor.

Los múltiples rostros “verdaderos” que el registro simbólico de las palabras consigue a veces enganchar es más lo que hacen sufrir al sujeto de lo que lo constituyen, dice Lacan.

Lacan arrojó entonces desde su enseñanza el significante como una moneda de oro, y lo echó a rodar. Los significantes enlazan a los hombres, mujeres y niños, que así quedan sujetos para la vida, y esa sujeción está atada, más o menos atada, más mal que bien atada, y el viviente se puede desparramar en accidentes de vida, que son sentidos como trabajos de Hércules.

IV)

Lacan atravesaba así diversos mundos y discursos: el de la psiquiatría, el de la epistemología, el de la psicología. Y ninguno de ellos quedaría indemne luego de su paso.

Desde entonces podría no ser más –si la psicología sacara sus manos del psicoanálisis– la antinomia “afuera-adentro”, la opaca y magra referencia a “la realidad externa”, la apelación a los sentimientos y a la reeducación emocional.

Sorprende, aún hoy, que Lacan enseñara a sus alumnos en su práctica, que procuraran “no comprender”. No se ha podido medir el alcance de lo que esto implica, mientras se siga desconociendo la precedencia que en esto tuvo Freud cuando puntualizó en “La interpretación de los sueños”, cuán fuerte es la coerción que el entendimiento impone a la imaginación.

La enseñanza de Lacan ostenta pues, una palabra barroca, llamada hermética, como la del poeta español Luis de Góngora, el autor de *Soledades*, tan denostado en su tiempo por otros grandes como él.

Entrar a la enseñanza de Lacan se hace por un camino de difícil acceso, como entrar a un cine por delante, o caminando hacia atrás: se forma una resultante de irritación, de incomprendibilidad, una producción de sentidos y sinsentidos, “que no cesan de no escribirse”, así caracterizó Lacan, entre otros intentos, el *real* de su ternario. Un regusto

por la paradoja, por la acumulación de objetos bizarros, como hacían los surrealistas, tiendas de donde Lacan procedía.

V)

Y a estas alturas ya es posible que nadie entienda nada y puedan querer que yo pare, que no siga. Así le pasó al galés Ernst Jones, en el Congreso psicoanalítico de Zurich, en donde Lacan dio a luz por primera vez, en 1936, “*El estadio del espejo*”, con sus formulaciones sorprendentes sobre el Yo.

Lacan se acerca al Yo y pretende enfocarlo desde su estructura de ficción, habitando heideggerianamente, en la casa del lenguaje. El Yo se enmarca en una dialéctica, sostiene Lacan, en que el desconocimiento –que no es ignorancia–, la denegación y la enajenación del amor propio son los ladrillos que sustentan la estructura yoica.

Y no sería, de ningún modo, el Yo un garante de ilusoria realidad objetiva, supuestamente avizorada desde un principio de realidad, que Freud articuló, para complicar las cosas, con el principio de placer.

Lacan aparece en su enseñanza con textos incomprensibles, “ilegibles y densos”, como sostiene Bersani que son los textos de Freud. Y si nos lanzamos a trabajar en ellos, con ellos, no saldremos decepcionados, porque secretamente guardan napas de saber oculto a revelar interminablemente.

Quiero significar con esto, asumiendo nietszcheanamente la primera persona, que los textos de Lacan nos aguardan todavía.

Y eso no es todo.